

tada carrera: los demás habian quedado prisioneros ó muertos.

Hé aquí por qué Márquez no pudo ir á socorrer á su soberano: y este ignoraba la suerte que habia corrido su lugarteniente, mientras que el mismo dia 11 se habia comunicado al general Escobedo, por el telégrafo, el triunfo obtenido en San Lorenzo.

El dia 12 de Abril se presentó á Maximiliano un jóven inteligente, de una familia acomodada y partidario entusiasta del imperio: era Don Pedro Sauto que iba á ofrecerse para salir de la plaza, prometiendo pasar entre los sitiadores y llevar á Márquez pliegos del emperador: este aceptó gustoso aquel servicio porque le inspiraba confianza tanta abnegacion: el comisionado en efecto jugaba la vida.

Sauto, despues de recibir instrucciones, saltó el foso del puente, y con un pañuelo blanco en la mano se dirigió á la línea de los liberales: estos lo recibieron y lo condujeron al cuartel general. Allí dijo que ostigado por las vejaciones y privaciones que se sufrían en la plaza, habia logrado salir de ella para ir á ofrecer sus servicios á los republicanos. Estos, recelosos de que tanta protesta de adhesion á la causa liberal importase un ardid, aunque los hacia vacilar la serenidad de Sauto, dejaron á este en libertad, pero filiándolo en un cuerpo, como lo habia pedido. Al dársele el uniforme tuvo que despojarse de su ropa, y uno de los oficiales recogió el sombrero de fieltro de Sauto: al tomarlo sintió crujir en la cinta de su copa un papel: arrancó el liston y se encontró un pliego pequeñísimo enrollado, dirigido á Márquez. Inmediatamente le dió parte al general en jefe, y se mandó que Sauto fuese fusilado. Frente á la trinchera de los imperiales se hizo la ejecucion, y aquel desgraciado, an-

tes de morir, suplicó á los centinelas avisasen á su familia que estaba dentro de Querétaro, cuál habia sido su suerte. ¡Pobre jóven! era una víctima mas sacrificada por la ceguedad de unos cuantos ilusos que intentaban prolongar una situacion insostenible!

Dentro de la plaza, en efecto, se habia perdido toda esperanza de salvacion. La hambre se hacia sentir, las granadas despedazaban los edificios, y las balas iban á herir á los habitantes que intentaban salir en pos de víveres para sus familias: á esto habia que sufrir además, prisiones y esacciones de todo género.

Entónces se decidió en un consejo de guerra enviar á México al príncipe de Salm, al general Moret y al coronel Campos, con órden de destituir á Márquez.

Con tal objeto se intentó una salida sobre la línea del Poniente, en la noche del 17 de Abril. Una fuerte columna de caballería se desprendió de la falda del Cerro de las Campanas sobre la paralela de los republicanos. El ataque estuvo rudo, y la artillería protegió vivamente aquel movimiento. El estruendo era horrible, y el espacio se iluminó con el fuego de la fusilería. La columna fué rechazada, y solo Zarazua logró pasar con 40 dragones: despues de muchas pérdidas los imperiales volvieron á la plaza.

La ciudad volvió á quedar inerte por varios dias, y sumida en una muda desesperacion.

Por un momento se animó al ver al medio dia del 19 de Abril, cubrirse de tropas la Cuesta China. Se contó por los ilusos, que era Márquez que venia á socorrer la plaza; pero pronto vino el desengaño, al ver que no se disparaba un solo tiro. Aquellas fuerzas eran las de Guadarrama que volvan victoriosas de San Lorenzo.

En la noche del 26 al 27, los sitiados concentraron en San Francisquito y en la Alameda su artillería y su reserva, y casi todos sus batallones. Las guardias de las trin-

cheras fueron relevadas por tropas de caballería desmontada.

En la madrugada del día 27 de Abril, cuando no se disipaban aún las sombras de la noche, se vió repentinamente chispear la fusilería por las lomas del Cimatario y sobre la garita de México. Era una nueva salida que intentaban los sitiados. Estos sorprendieron la línea del Cimatario y ocuparon las paralelas y la posición entera: los liberales huían en dispersión. Pero el ataque que simultáneamente daba Castillo sobre Callejas, fracasó. Sin embargo, cuando el sol iluminó perfectamente la escena, se pudo ver á las tropas de Maximiliano acampadas en el lugar donde la víspera estaban los sitiadores. Y el pueblo recorría libremente aquellos sitios, conduciendo á la ciudad víveres, animales, y las veinticuatro piezas de que se habían apoderado los imperialistas. Aquello sí fué una victoria obtenida por sorpresa, pero que abrió las puertas de la ciudad á Maximiliano y á sus gefes. Si estos hubieran querido escaparse, pudieron evacuar la ciudad completamente, sacrificando solo su artillería y sus trenes, porque durante algunas horas conservaron la posición.

Pero despues de aquel intervalo de plácemes y felicitaciones, y hurras con que se recibía á Maximiliano que recorría la línea, volvió á escucharse el estruendo de la fusilería, y se vió descender á las tropas imperiales envueltas en una nube de humo. Era que Doria, al frente de sus cazadores de Galeana, recobraba la posición: con trescientos hombres barria á los cinco mil imperiales que había en las alturas. Detrás de la caballería republicana apareció la reserva que violentamente había desprendido Escobedo sobre el Cimatario al saber aquel desastre que pudo comprometer seriamente á todo el ejército sitiador. Los imperiales se retiraron hechos pedazos, el regimiento de la Emperatriz, sobre todo, que recibía el terrible fuego de los rifles de

Spencer de los cazadores de Galeana. Maximiliano permaneció sereno en medio del fuego, pero sorprendido de ver aquella avalancha de enemigos que no aguardaba: retrocedió al fin hasta las calles de la ciudad, á tiempo que los sitiadores se iban á apoderar de la Casa Blanca; pero les faltó artillería, mientras que la de la plaza hacia sobre ellos un fuego terrible.

En la tarde quedaron los republicanos ocupando de nuevo y tranquilamente su antigua línea. El campo intermedio quedó sembrado de cadáveres.

El día 1º de Mayo volvieron los sitiados á intentar otra salida sobre el extremo izquierdo de la línea Sur. Despues de cañonear fuertemente la hacienda de Callejas, lanzaron una columna sobre ella y ocuparon una parte de dicha finca: de allí quisieron lanzarse al asalto de la garita, pero fueron rechazados con grandes pérdidas, teniendo que retirarse hasta su línea violentamente, temiendo que tras ellos entraran los sitiadores á la ciudad; pero estos, despues de haber recobrado lo perdido, hicieron alto en sus posiciones. Los de la plaza sufrieron una baja muy fuerte en los batallones que ejecutaron la salida.

Aquella derrota no fué suficiente para estorbar que intentaran los de la plaza otro ataque el día 3 de Mayo.

Desde en la noche se alistaron las fuerzas, disponiéndose dos columnas, una al mando de Castillo y otra al de Miramon. La primera había de simular, en la madrugada, una salida falsa sobre la hacienda de Calleja, y la segunda atacaría la línea del Norte.

Castillo, sin embargo, permaneció inmóvil. Miramon por el contrario, viendo que había pasado la hora convenida y que no se oía el cañon por el lado del Sur, intentó su salida.

El ataque de los imperiales fué vigorosísimo. Se apoderaron de la línea avanzada, y subieron á las alturas del

cerro de San Gregorio, empeñando un combate tan serio, que fué preciso concentrar en aquel punto las fuerzas de las líneas inmediatas. Entónces el triunfo obtenido por las fuerzas de la plaza, se convirtió en una espantosa derrota, siendo acuchillados sus batallones; la célebre guardia municipal sobre todo, que perdió sus dos coroneles, Sosa, que hacia tres días habia recibido el mando del cuerpo, y Daniel Franco, que en el campo de batalla fué puesto á la cabeza de la guardia.

Daniel Franco era un jóven alto, blanco, de pelo castaño, de ojos verdes, de magnífica dentadura, y de una sonrisa franca y leal. Amigo de la infancia del que escribe estas líneas, no puede dejar de tributarle aquí un recuerdo.

Daniel era de una talla gigantesca, y de una fuerza física hercúlea: cuando cursábamos las cátedras de medicina le llamábamos Porthos, y esto le irritaba, porque en aquel cuerpo vigoroso se encerraba una alma de niño, estremadamente susceptible, pero muy franca y leal. Cuando recibimos el título de médicos, ambos nos lanzamos á la política siguiendo un impulso distinto. Desgraciadamente Franco se filió en el partido conservador, ligado tanto por los afectos de familia, como por la amistad del general Castillo, que tenia por él una verdadera preferencia.

Y aquel jóven inteligente, rico, vigoroso y tan bueno y tan simpático, se batió como un bravo, y cayó al frente de su batallon gravemente herido. Pocas horas despues murió rodeado de toda su familia, y estrechando con serenidad la mano de sus amigos.

Los imperialistas volvieron á la plaza diezmados, hechos pedazos, desesperados y en verdadera dispersion. Pero al punto pusieron en juego los conservadores ese génio profundo que siempre ha descollado entre ellos, el de la mentira, y para paliar aquel terrible descalabro, dijeron que habian suspendido su victoria porque en los momentos de

completarla, habia penetrado á la plaza el sargento Guadalupe Victoria, trayendo comunicaciones oficiales, en las cuales se participaba al emperador la llegada de Márquez. Era la décima vez que se anunciaba la proximidad de los refuerzos.

Pero sorprendia que por tan ligera causa se desperdiciase tan brillante triunfo como el que decian haber logrado los sitiados: mas lógico hubiera sido rematar á sus enemigos, y ahorrar así á Márquez que anduviera las leguas que aun le faltaban para llegar.

En fin, se publicaron aquellas noticias apócrifas, detallando en todos sus pormenores el número de cuerpos que traía el lugar teniente del reino, su efectivo, y los nombres de los gefes que mandaban las brigadas. Creo que hasta se echaron al vuelo las campanas, y se tocaron dianas para celebrar aquel suceso; pero la artillería sitiadora sofocó la espresion de aquel mentido júbilo, apagando el repique de las campanas con las balas de sus cañones, é inundando la ciudad de granadas.

Tambien á los liberales les costó muy cara aquella jornada, porque en ella perdieron mas de 200 hombres, entre los cuales se contaban trece gefes y oficiales.

Apenas habian pasado dos dias, cuando hubo un nuevo combate. En la noche del día 5 de Mayo, violentamente se incendió toda la línea del Norte con un fuego muy nutrido de fusilería; el cañon tronó á su vez, y repetidos cohetes de luz alumbraban la escena.

Los escritores del partido imperialista dicen al hablar de este suceso, que los liberales atacaron las trincheras en celebridad del aniversario del 5 de Mayo. Pero en la historia del sitio de Querétaro, salida de la pluma de un escritor que tomó sus datos del cuartel general del ejército republicano, se asegura que los sitiados proyectaron una salida sobre la línea que mandaba el general Alatorre. Yo me inclino

á creer que los liberales comenzaron el ataque, no por la puerilidad de celebrar el recuerdo del triunfo de Puebla, sino por fatigar á los sitiados, y buscando la parte débil de su línea. Sea lo que fuere, despues de tres horas de fuego todo quedó en silencio, sin que ni unos ni otros obtuvieran ventaja alguna.

Desde la fecha últimamente mencionada no volvió á haber nada sério. Solo los proyectiles huecos de los sitiadores reventaban constantemente sobre la ciudad, destruyendo sus edificios y matando á los habitantes pacíficos.

La desesperacion de estos era terrible. El hambre era inminente, el dinero habia desaparecido, las esacciones y las violencias de los gefes imperiales no tenian medida, como inspiradas por el despecho, y sobre todo este cuadro la muerte cirniéndose constantemente bajo mil formas, y por único porvenir todos los horrores de un asalto.

Las tropas sitiadas habian perdido su moral: hasta donde era posible en una ciudad cerrada, los soldados desertaban frecuentemente, y muchas veces se vió desprenderse un ginete de la línea de los imperiales y avanzar con rapidez hácia los liberales, perseguido por las balas de los suyos. Los oficiales estrangeros murmuraban sin reserva alguna, y algunos oficiales superiores fueron destituidos y reducidos á prision por desconfiarse de ellos.

Solo Maximiliano estaba sereno en medio de aquel lúgubre cuadro: si muchos de sus generales afectaban la excitacion febril de un valor inútil, el archiduque, tranquilo y digno, veía con su altiva impasibilidad llegar el dia terrible de su caida.

En los nueve dias siguientes al ataque del 5, los gefes de los sitiados meditaban tan solo encontrar un medio de salir

de aquella situacion. Consejos de guerra, informes, planes, discusiones acaloradas, todo fué inútil.

La idea dominante era romper el sitio y salir: con tal objeto se construyeron siete puentes de madera para arrojarlos sobre las paralelas y atacar durante la noche la línea de circunvalacion por distintos puntos.

Para guarnecer préviamente la plaza y asegurarse así una retirada en caso de un desastre, Mejía convocó al pueblo de Querétaro llamándolo á las armas; pero apesar de la miseria y de la falta de trabajo, solo pudo reunir doscientos hombres.

En fin, los dos generales de los cuerpos de ejército de infantería y de caballería y el gefe de Estado Mayor, dirigieron al soberano una esposicion fechada el dia 14 de Mayo de 1867, en la cual, en medio de un estilo pomposo y hueco, que traiciona la pluma que lo redactó, se revela la verdad que mas agoviaba á todos, que la plaza estaba perdida. Y en medio de las graves acusaciones que allí se dirigian á Márquez, y apesar de la rimbombante enumeracion de los triunfos de los sitiados, venian concluyendo los signatarios con proponer á Maximiliano que se atacase desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, venciéndolo en todos los puntos de su línea; pero que si los imperiales eran rechazados se evacuase inmediatamente la plaza, inutilizando la artillería y los trenes, rompiendo despues el sitio á todo trance.

En este documento sorprende que se haya intentado mentir con tal descaro al soberano: para un boletin impreso que levantara la moral de la tropa aquel informe no tenia precio; pero como la respuesta franca y leal á la consulta que les pedia el emperador ese documento es incalificable. No puedo detenerme en rectificarlo línea á línea, pero para probar lo que valia me basta anotar que en él se aseguraba que el ataque del dia 3 de Mayo se suspendió, cuando se iba

ya á triunfar, por haberse tenido noticias de la llegada de Márquez con el ejército auxiliar. . . . ¡Con razon sucumbió el imperio de una manera tan lamentable!

Despues de la junta de guerra quedó dispuesta definitivamente la salida para la madrugada del dia 15. Los mismos preparativos que se habian hecho los dias anteriores con igual objeto, tuvieron lugar en la noche del 14. La artillería se retiró de las trincheras y se concentró en la Plaza de armas y en la espalda del convento de San Francisco. Despues de una agitacion inusitada en las primas horas de aquella noche terrible, todo quedó en silencio.

He llegado á la época de esta historia mas difícil de describir. Sobre esa noche luctuosa pesa una sombra densa en la cual se lee escrita la palabra "traicion" con signos de fuego.

Si dejara que guiara mi mano solo la pasion ó el sentimiento, mi pluma correria fácil é inspirada, y llenaria páginas enteras palpitantes de interés, que pasarian á la posteridad, no por su mérito intrínseco sino por los hechos que enarrara. ¡Se me han hecho tan graves revelaciones! Pero no tengo fé en ellas, y no puedo elevarlas al rango de autenticidad que necesitan para ingresar á la historia. Nosotros los contemporáneos y testigos presenciales de aquellos sucesos, tenemos que limitarnos á decir solo la verdad para no falsear el juicio del futuro. Narraré, pues, muy poco; pero lo que asiente será lo cierto.

Al principio de esa noche, López salió de la plaza y tuvo con Escobedo la entrevista que habia solicitado por intermedio de un abogado liberal de Querétaro, cuyo nombre no estoy autorizado á revelar.

¡Qué pasó en esa conferencia? Las versiones son muchas y ninguna me satisface por el interés que revela su origen. Lo mas probable parece ser que el enviado dijo ir con autorizacion del emperador: falta que se exhiba la credencial;

pero así lo aseguran todos los escritores que han tratado esta materia. Los demás detalles los omito porque todos han visto ya la luz pública, aunque son contradictorios entre sí los que han vertido los escritores adictos á Maximiliano y los partidarios de la República. López volvió á la plaza acompañado de un oficial de los liberales, disfrazado, é inmediatamente se dirigió al alojamiento de Maximiliano. Al salir de allí, el oficial republicano tornó al campo de los sitiadores.

Luego se dió contra-órden para que no tuviera lugar la salida proyectada.

A las dos y media de la mañana penetraron algunos oficiales liberales al Panteon de la Cruz y con ellos el batallon de Supremos Poderes. El general Velez mandaba aquellas fuerzas. Sin que se tirara un solo tiro fué ocupado todo el convento, y las tropas imperialistas que en él habia fueron desarmadas y hechas prisioneras.

Alguno avisó á Maximiliano que el enemigo estaba dentro del punto. Se vistió tranquilamente aunque con alguna rapidez, se aseó la boca, se peinó, y mandó que despertaran al gefe de su Estado Mayor y á su secretario. Cuando todos estos estuvieron reunidos, salieron á la plaza.

Maximiliano pasó con su comitiva enmedio de las fuerzas liberales sin ser detenido. Atravesó á pié las calles altas de la ciudad, cruzó la plaza de San Francisco, las calles del Cinco de Mayo y San Felipe, y se dirigió al fin al cerro de las Campanas.

Hasta entónces todo se habia ejecutado enmedio de un silencio profundo. Pero pronto comenzó el tiroteo dentro de la ciudad misma. La fuerza que ocupaba á San Francisco victoreó á la libertad, y comenzó á descargar sus fusiles contra cuantos transitaban por la plaza.

Todo era confusion y desórden.

Un oficial del piquete de húsares, acompañado de un

grupo de liberales, á los cuales acababa de unirse, hizo fuego sobre Miramon que venia á pié por la calle de la Alhóndiga. Miramon hizo á su vez uso de su pistola, hasta que cayó herido de una bala de revólver que le cruzó el carrillo. Pero casi inmediatamente se puso en pié, retrocedió y se dirigió á la casa del médico Licea, para que este lo curara.

Pero el fuego seguia en la torre de San Francisco, hasta que vino á sofocarlo el estampido de los cien cañones que rodeaban á la ciudad y que comenzaron á sostener sus continuos disparos sobre la plaza, apoyando las columnas de asalto que simultáneamente se desprendian de toda la línea.

El espectáculo era magnífico. Se veia á los liberales avanzar bajo una nube de humo y de metralla, estrechando el círculo como si fueran á abrazar á la ciudad dentro de un anillo de acero.

Los disparos de los sitiadores se concentraban sobre el cerro de las Campanas. Allí estaba el emperador en pié rodeado de unos cuantos, y contemplando los restos de la tropa que aun le quedaba. La demás se habia dispersado ó habia sido hecha prisionera.

Consultó con Mejía que estaba á su lado, y viendo que era imposible luchar mas, mandó enarbolar una bandera blanca, tocó parlamento, y se entregó prisionero al general Corona. Momentos despues llegó Escobedo, y Maximiliano le entregó su espada.

El imperio habia concluido.

Maximiliano, sus generales y los gefes y oficiales que habian sido hecho prisioneros, fueron conducidos á la Cruz; estos quedaron hacinados en la Iglesia, al emperador se le instaló provisionalmente en su antiguo alojamiento.

El dia 17 se le instaló en el ex-convento de las Teresitas.

A Miramon se le aprehendió en la casa donde se refugió herido, y hasta que se restableció fué conducido á la cárcel comun.

El dia 19 fué descubierto el general Mendez, dentro de una horadacion perfectamente cubierta: era un refugio preparado con anterioridad. Fué preciso rodear todas las manzanas centrales una á una, y catear minuciosamente las casas para hallar al prófugo.

Leon Ugalde era el encargado de hacer esta requisicion, acompañado de oficiales nativos de la ciudad, por lo que conocian la localidad.

Un sastre raquíto y jorobado fué quien lo denunció: muy pocos dias antes Mendez le habia cruzado la cara de un latigazo. El jorobado, en los momentos de la ocupacion de la plaza, espió á Mendez y lo siguió hasta verlo entrar á su escondite. Este sin embargo, estaba tan bien practicado, que los oficiales que hacian el cateo se retiraban ya desesperados de encontrarlo, cuando se hundió un pedazo del suelo adonde estaba parado uno de ellos. De la fosa salió Mendez lleno de polvo: traia una blusa de dril blanco y un rifle en la mano: inmediatamente se entregó prisionero sin hacer resistencia.

Algunas horas despues fué fusilado:—"vais á la vanguardia de nosotros," le dijo Maximiliano al despedirse de él.

El dia 21 de Mayo de 1867 previno el gobierno general á Escobedo que se procediese á juzgar á Fernando Maximiliano de Hapsburgo, á D. Miguel Miramon y á D. Tomás Mejía.

Con tal motivo, los prisioneros fueron conducidos al ex-

convento de Capuchinas, que servía de cuartel al batallón de Nuevo-León.

Al estremo de uno de los corredores interiores, al lado Sur del edificio, y en otro pequeño corredor que está tendido sobre el primero, como la rama horizontal de una *T*, hay tres pequeñas celdas que sirvieron de prisión á los tres reos.

Las Capuchinas, lo mismo que la mayor parte de las monjas de su órden, tenían la piadosa costumbre de dar á cada una de sus celdas el nombre de algun santo ó santa.—Sobre la pieza que ocupaba Maximiliano estaba escrito: "Santa Rita de Casia," sobre la de Miramon: "Santa Ursula," y sobre la de Mejía: "Santa Teresa."

La celda del emperador era pequeña, y estaba amueblada con las comodidades que eran posibles en una poblacion como Querétaro, adonde el lujo no puede penetrar aún. En el fondo de la pieza y en su parte media estaba un catre de bronce, junto á él una mesa tortuga, sobre la cual habia dos candelabros con bujías de estearina. Algunas sillas, dos sillones de bejuco y un tocador completaban el severo y triste menaje de la prisión adonde estaba encerrado aquel emperador tan noble y tan altivo, que jamás creyó descender tanto al abismo de la desgracia humana. ¡Cuánta distancia habia de la pequeña celda del convento de Capuchinas á la escalinata monumental del palacio de Caserta!

Aquí pasó Maximiliano los últimos veintisiete dias de su vida.

Su aspecto siempre fué el mismo: digno, tranquilo, sereno, como si no viera que se acercaba á la tumba. Si hubiera sido posible haber ido á sondear al fondo de su alma, sus dolores, sus pesares y sus mas íntimos pensamientos, hubiera aterrado contemplar el tormento horrible de aquel corazón.

Solo, extranjero entre cuantos lo rodeaban, circuido de

enemigos intransigibles, obligado á hablar un idioma extraño, sin escuchar las armónicas ondulaciones del lenguaje materno, sin que fueran á consolarlo en tan terrible angustia las palabras tiernas y trepidando de halagos de una madre ó una esposa que lo denominaran "*su Max*," la imagen de la emperatriz con su arrogante belleza, vagando en los desiertos salones de Miramar loca de dolor y desesperacion. ¡pobre príncipe! Su error político lo pagó muy caro: el crimen que cometió contra la autonomía de un pueblo quedó redimido cuando apuró gota á gota aquel lago de hiel. Por eso solo subsisten hoy recuerdos gratos de su memoria.

Maximiliano tenia que permanecer en el lecho; pasada la reaccion que siempre produce la agitacion del peligro y el ardor de la batalla vino el postramiento natural despues de tanta fatiga: estaba ademas gravemente enfermo. Tanto, que los médicos de cabecera promovieron una consulta con los doctores que habia en la ciudad. El que escribe estas líneas fué invitado á concurrir á ella y á dar su parecer: por eso tuve la ocasion de ver frecuentemente al archiduque en su prisión.

Y siempre me sorprendió con sus maneras finísimas llenas de dignidad y de nobleza: todo revelaba en él que habia nacido en las gradas de un trono, y que el descendiente de Carlos V no doblegaba su alma ante la desgracia ni ante la misma muerte.

La agitacion que vinieron á causarle los trámites del proceso, lo arrancaron de la indolencia forzosa en que estaba sumido.

Ese proceso lo conocen México y la Europa entera. He llegado á un período de esta historia perfectamente sabido, y del cual nada tengo que revelar. Lo toco á grandes rasgos porque no debo dejar incompleto este pequeño boceto.

Contemplé el vendabal que llegó del viejo mundo á nues-

tras costas, y levantó esa tempestad sombría que envolvió á la República sepultándola como á Herculano y Pompeya en un torrente de lava y de cenizas. ¿Por qué he de desmayar al fin de mi jornada?

Seguiré adelante hasta saludar el sol de la libertad reapareciendo en el horizonte desgarrando las nubes de plomo que lo velaban. Sus rayos iban á alumbrar una tumba reciente y secar de sus bordes las últimas gotas de sangre que habian chorreado del régio cadáver que allí se depositara.

Tambien á ese cadáver debo tributar el último homenaje.

IV.

La pequeña y humilde celda del convento de Capuchinas era el sitio donde se representaba un drama terrible.

Magnus, Lago, Hoorrickx, Curtopassi y Forest habian llegado á Querétaro llamados por Maximiliano. Con ellos habian venido Riva Palacio y Martinez de la Torre, defensores del archiduque, quienes habian partido para San Luis á solicitar del gobierno la gracia del prisionero. Ortega y Vazquez, patronos tambien del archiduque, permanecieron á su lado para llevar su voz en la defensa frente al consejo de guerra.

Cuando la sumaria estuvo en estado de verse en consejo, éste se reunió, apesar de la cuestion de competencia que promovian los defensores.

Era el día 13 de Junio de 1867..... siempre el número trece proyectando su fatídico reflejo sobre la vida de Maximiliano.

En la mañana, á las ocho, quedó solo el archiduque en su celda. Sus dos generales habian sido llevados ante el tribunal, y los cuatro abogados los acompañaban.

Aquellas horas de expectativa, durante las cuales se discutia una cuestion de vida, deben haber sido terribles para

Maximiliano. En aquella soledad que solo interrumpian los pasos acompasados de los centinelas, un frio de muerte sacudió sin duda con su rápida trepidacion aquel corazon de héroe.

A las once del dia llegó el fiscal acompañado de su secretario á certificar que el prisionero no podia asistir al consejo de guerra, como lo habiamos asegurado ya los médicos que lo vimos. Terminada esta formalidad se retiró.

Tan terrible expectativa se prolongó durante muchas horas, hasta que el fiscal tornó á comunicarle que habia sido condenado á muerte. El emperador oyó con tranquila dignidad aquella sentencia. Dos soles habian pasado sobre su existencia sin que los sintiera, aguardando tan solemne desenlace.

Con él debian morir sus dos generales, quienes habian vuelto á su prision, despues del consejo, tan serenos como habian salido de allí.

Apenas se conoció el resultado del juicio, una inmensa súplica se levantó de todas partes pidiendo á Juarez el perdón de los reos; pero todo fué inútil.

La sentencia debió ejecutarse el domingo 16 de Junio á las dos de la tarde: pero el gobierno concedió una próroga de tres dias, por haberlo impetrado así los defensores.

Estos creyeron sin duda que así dispondrian de tiempo suficiente para obtener el indulto: si no, jamás habrian tal vez intentado prolongar por tanto tiempo la dolorosa agonía de los condenados.

Pero Maximiliano, quien por mas que se haya dicho jamás creyó en su salvacion, empleó aquellos dias en arreglar todos sus negocios de corazon; jamás tuvo otros.

Sus amigos, sus recuerdos de familia, fué lo único que lo ocupó en los últimos momentos. Sin esa jactancia de valor que siempre oculta un resquicio de miedo, sino con serena

dulzura, escribió á todas las personas á quienes creia deber un afecto ó un servicio.

Cuando concluyó con sus sentimientos terrestres pensó en el cielo..... y se postró de rodillas á los piés de su confesor. Aquel rey era mas grande haciendo su tocador de la muerte que soñándose lleno de magestad en el palacio monumental de Caserta.

El dia 18 de Junio estaba yo en el hospital militar situado fuera de la ciudad, en la fábrica de Hércules, cuando recibí una triste indicacion. Uno de los defensores del archiduque, me invitaba á que practicara juntamente con el doctor Siroub, el embalsamamiento del emperador. Aun no se calculaba entónces que el gobierno se encargaria de confiar esta operacion á otros médicos; por eso no tuvo resultado la exitativa.

En la noche de ese dia entré á la ciudad, y me dirigí al cuartel general: allí encontré á Doria, quien me tendió un papel á fin de que lo leyera: el jóven coronel estaba pálido, y sus ojos se habian humedecido.

Tomé la pequeña esquila dirigida á Escobedo, y leí lo siguiente:

Querétaro, Junio 18 de 1867.

“Señor general:

“Deseo, si me es posible, el que mi cuerpo sea entregado al señor baron de Magnus y al señor doctor Samuel Basch, para que sea conducido á Europa, y el señor Magnus se encargará de embalsamarlo, conducirlo y demás cosas necesarias.

MAXIMILIANO.”

Yo me estremecí, porque aquello era horrible. Un joven radiante de juventud, de valor y de inteligencia, disponiendo de su cadáver que al día siguiente estaría rígido, frío y sangrando por las heridas de cinco balas, sin lucha y sin combate.....

He reproducido esta carta testualmente y sin alterar su estilo ni su ortografía: toda estaba escrita de puño y letra de Maximiliano, sin que se notara una sola vacilación en su mano al escribirla. El príncipe tenía un gran corazón.

Por fin amaneció el 19, y con esa rapidez con que pasa la aurora en aquellos días de verano, muy pronto estuvo el espacio inundado de luz, sin que la saludaran esos tiernísimos gorgoros del ave, ni el impalpable y perfumado aroma de la flor.

En la celda de Maximiliano había un silencio fúnebre; solo se oía chisporrotear la cera de las velas que ardían en el altar que allí se improvisó, y cuyas llamas se opacaban con la luz matutina.

Los leales y últimos amigos de Maximiliano estaban horriblemente pálidos, y en sus ojos se adivinaban las huellas del llanto; pero nadie se atrevió á llorar delante del príncipe que mostraba un valor tan sereno.

Se oyó el redoble de los tambores que tocaron llamada; el tropel de la caballería que debía escoltar á los reos de muerte; el ruido de los carruajes que debían conducirlos al suplicio, y al fin, el paso acompasado de la escolta que venía por ellos.

Maximiliano recibió con una dulce sonrisa al oficial que llegó á decirle que ya era hora: ni encono demostró jamás á los que lo habían vencido, juzgado y sentenciado. Pidió un pañuelo grande á fin de cubrir su hermosa barba para que no se incendiara con la explosión tan cercana de los fusiles: nada olvidó, y quería que su madre pudiera contemplar su rostro no desfigurado; por eso encargó á los soldados del peloton, que le apuntaran al pecho.

Se despidió de sus amigos, entregó á su médico su anillo nupcial, dió á los presentes las gracias por los servicios que le habían hecho, y salió entre la hilera de soldados, admirando la belleza del cielo, y diciendo que en un día como aquel había querido morir.

La fúnebre comitiva se alejó, y todo quedó sumido en religioso silencio.

Pasada media hora, se escuchó una fuerte y triple detonación.

Maximiliano, Miramon y Mejía habían dejado de existir.

Poco después el cadáver del emperador fué depositado en la iglesia de Capuchinas. Llegaron los médicos nombrados para hacer el embalsamamiento, y al punto comenzaron su operación.

Los cuerpos de los dos generales del imperio habían sido entregados á sus familias.

La ansiedad de los demás prisioneros que debían ser juzgados á su vez por la terrible ley de 25 de Enero de 1862 comenzó entonces con más vigor, porque no creían salvar de una pena cuando la habían visto caer sobre cabezas tan altas.

Olvidaban que el rayo descarga siempre sobre las alturas.

—
¿Qué pasaba entretanto en la capital de la República?

Porfirio Diaz llegó en seguimiento de los derrotados de San Lorenzo hasta las orillas de México, y estableció allí su campamento.

Dentro estaba encerrada la hiena.

Luego que fué ocupado Querétaro, Escobedo desprendió de su cuerpo de ejército el mayor número de fuerzas posibles, para que ayudaran al sitio de México.

El general Diaz pudo entonces establecer su línea de

circunvalacion. Se inundaron los potreros, se cortaron las calzadas, se abrieron paralelas, y se hicieron obras avanzadas hasta muy cerca de las garitas.

Nada se desatendió.

Hasta un periódico se fundó en el campo sitiador.

Es que, no debo olvidarlo, entre tantos jóvenes llenos de patriotismo y de porvenir, que siempre rodearon al héroe de Oriente atraídos por la luz de su gloria, venia un periodista republicano que habia preferido comer el pan acre de la emigracion, antes que pisar el suelo profanado por el extranjero. Era Pantáleon Tovar, el poeta, el novelista, el demócrata tenaz que habia sabido afrontar todas las amargas decepciones que se descargaron sobre los primeros sostenedores de la causa de la reforma. Despues de sufrir una larga peregrinacion llena de peligros y miserias, volvía á su ciudad querida, adonde habia sabido elevarse solo, de su condicion oscura, á fuerza de lucha y de estudio.

Tambien debo recordar á Perez Jardon, que habia seguido en toda la campaña á los republicanos de Michoacan, como los bardos irlandeses seguian al combate, á la derrota y á la muerte á los hombres de sus clans, y sus higlanders.

Todo era animacion en el campo republicano. Porfirio Diaz, que ha sabido hacer compatible la guerra con la civilizacion, abrió sus líneas á todos los habitantes de México que iban á refugiarse á ellas huyendo de las últimas vejaciones de los imperialistas.

Porque Márquez seguía las brutales tradiciones de su pasado y de su partido.

El lugar-teniente del imperio, mas bien dicho, de la capital, habia levantado nuevas fuerzas para reponer sus pérdidas de San Lorenzo, con esa rápida facilidad con que se improvisan batallones en México.

Las tropas extranjeras tambien se habian repuesto de las pérdidas que tuvieron en su gloriosa fuga, en esa victoria

que alcanzaron huyendo durante veintisiete leguas, segun d'Hericault. Pero los gefes que las mandaban se independieron de los imperialistas mexicanos.

Los coroneles Kodolich, Kevenhuller, Vickembourg, Hamerstein, y los comandantes Chenet y Klickzing declararon que no se humillarian sirviendo bajo las órdenes de un general que abandonaba sus tropas al principio de la batalla, que en el momento del peligro se pondrian á las órdenes de Kodolich, y que si la ciudad se rendia ellos capitularian por su propia cuenta.

Pero nada de esto importaba á Márquez; solo queria ganar tiempo y hacerse de recursos. Por eso se repitieron en México las exacciones y las violencias de Querétaro. La poblacion fué saqueada, sus habitantes plagiados, y las clases pobres quedaron sumidas en la miseria.

Y en medio de todo esto, Márquez, Arellano y sócios, mintiendo, fingiendo triunfos, publicando que Maximiliano llegaba á Toluca victorioso: la táctica antigua reaccionaria.

Pero al fin se trasparenteó la verdad, y la poblacion supo la prision de Maximiliano. El mismo dia 19 de Junio en la noche, se supo el fusilamiento del emperador y de sus tres generales.

La desmoralizacion entre los defensores de la plaza fué terrible.—Márquez, que tanto inculpa á Arellano el que este se haya escondido en Querétaro, fugándose por las azoteas, mientras el soberano se entregaba prisionero con tanta dignidad; Márquez, á su vez, se escondió empolvando los bordados de su uniforme y sus cruces y medallas, mientras que los altos empleados del orden civil, los ministros, sub-secretarios y consejeros, permanecian en sus puestos.

Tambien desaparecieron Vidaurri, O'Horan, Galvez, Arellano y otros. Entonces Tavera y los gefes de los cuerpos entraron en conferencias con el cuartel general republicano. Por fin, en la madrugada del dia 22 de Junio los liberales

ocuparon la capital de la República, haciendo mas de dos mil prisioneros entre gefes, dignatarios y empleados del imperio.

La monarquía habia concluído para siempre.

Algun tiempo despues el gobierno constitucional tornaba á la capital pasando bajo mil arcos de triunfo y en medio de una ovacion sin igual.

Juarez, la gran figura de nuestra historia contemporánea, entraba á la capital de la República el dia 15 de Julio de 1867. Era el justo premio que le concedia el pueblo mexicano por la constancia y el valor con que habia salvado en medio de aquella tormenta, la bandera tricolor.

¿Qué habia quedado de tanta grandeza?

Un cadáver rígido y envuelto en su vendage egipcio, colocado en su caja mortuoria y depositado en Querétaro en un entresuelo de la casa de Muñoz Ledo que se habia designado para palacio del gobierno. Una loca vagando en su castillo sin recordar su inmensa desgracia; hé aquí el epílogo de la obra más grande del reinado de Napoleon III.

El mismo dia del fusilamiento del emperador, el ministro de Austria suplicó al gobierno mexicano que se le entregase el cadáver para conducirlo á Europa. Al dia siguiente el ministro de relaciones del Sr. Juarez contestó que tenia motivos graves para no acceder á la demanda.

En 29 de Junio de 1867 el ministro de Prusia insistió con igual súplica, y el 27 de Julio el Dr. Samuel Basch hizo semejante gestion, pero el gobierno negó á ambos su pedido.

Por fin el dia 25 de Agosto del mismo año llegó á Veracruz el vice-almirante austriaco Tegetthoff. El 2 de Setiembre entró á la capital, y el dia 3 se presentó al ministro de relaciones participando que solo venia con el carácter de amigo de la familia reinante, y que su mision era puramente confidencial para pedir el cadáver del archiduque. El Sr. Lerdo contestó el dia 4, que solo podia accederse á su peti-

cion si fuera precedida de un acto oficial del gobierno de Austria, ó de un acto espreso de la familia del archiduque.

El dia 26 de Setiembre de 1867 dirigió el ministro de la casa imperial, Beust, canciller del imperio, una nota al ministro de la República mexicana, pidiéndole su benévola interposicion á fin de que el presidente mandase entregar al vice-almirante los restos de Maximiliano. El ministro hablaba á nombre de su Magestad imperial y real apostólica.

Entonces el Sr. Juarez mandó se entregase á Tegetthoff aquel cadáver.

El dia 12 de Noviembre de 1867, á las cinco de la mañana, dos carruages escoltados por una fuerza de trescientos caballos, hizo alto en la puerta del hospital de San Andrés de México. La mañana estaba fria, nebulosa y oscurísima. Despues de algunos momentos de espera, salió del hospital una comitiva conduciendo un atahud: dentro de él yacian los restos del príncipe Maximiliano de Hapsburgo.

Los carruages escoltados partieron con su preciosa carga, salieron de la ciudad y tomaron el camino de Veracruz. El dia 26 de Noviembre fué trasportado el féretro á bordo del "Novara," el mismo buque que en Junio de 1864 habia conducido al emperador á México: entonces el navío estaba régicamente empavesado: hoy su camarote principal estaba cubierto de negros crespones: en el centro se habia construido un sarcófago sobre el cual se situó al cadáver, y en cuyo contorno ardian millares de cirios.

En la mañana del dia 16 de Enero de 1868 fué trasportado el cuerpo del archiduque, del "Novara" al puerto de Trieste adonde habia anclado la víspera, y de la rada á la estacion del camino de fierro.

La misma poblacion que hacia tres años y medio lo habia saludado allí con sus aclamaciones de júbilo, saludándolo emperador, hoy recibia el cadáver del regio ajusticiado, con un silencio mudo y un recogimiento religioso.

El lanchon que llevó el cadáver del "Novara" á tierra, estaba cubierto con un pabellon de paño negro. En el centro de él se elevaba una pira adonde iba la caja, y en la proa se levantaba un ángel en pié con las alas tendidas, y llevando una corona de laurel en cada mano. En la popa estaba la águila mexicana, y en los costados las armas de México y Austria.

De allí fué llevado al carro fúnebre, que partió en seguida enmedio de una inmensa comitiva para la estacion del ferrocarril, cruzando la ciudad enlutada y llena de una inmensa concurrencia.

A la una del dia partió el tren especial que llevaba el cadáver para Viena, adonde llegó á las ocho de la noche del dia 18 de Enero.

La nieve caia con abundancia, como si quisiera cubrir con su blanco tapiz la ciudad que iba á cruzar aquel emperador muerto. En toda la carrera por donde debía pasar la procesion fúnebre, habia una valla de lacayos con hachones de viento, y una doble hilera de lámparas.

El triste cortejo llegó al palacio á las nueve y media, y el féretro fué depositado en la capilla de cámara.

Allí lo aguardaba la madre del archiduque.

Apenas vió la caja mortuoria, se arrojó sobre ella, arrancó el manto negro que la cubria, y contempló el rostro de su hijo, lanzando un grito desgarrador. Cayó de rodillas, se inclinó sobre él, y cubrió de besos el cristal que resguardaba la cabeza del muerto, opacándolo con su fatigado aliento y con sus lágrimas. En el dolor de aquella madre debió haber un fondo amargo de remordimiento, si fué cierto que ella tambien le aconsejó que no abdicase.

A la media noche la caja mortuoria fué trasportada á la capilla imperial de corte, adonde fué colocada en un suntuoso catafalco, en el cual habia doscientos cirios ardiendo en candelabros de plata.

Allí permaneció todavía algunas horas espuesto al público, y se le hicieron las preces religiosas.

¡Pobre Max! hasta su cadáver estaba condenado á no gozar descanso, sufriendo una movilidad inesplicable!

Por fin fué llevado á la iglesia de Capuchinas, adonde lo recibieron el emperador de Austria, los miembros de la familia imperial y los representantes de todos los reyes de Europa.

Hecha la identificacion del cadáver, se entregó á los monjes, los cuales lo colocaron en el panteon, entregando la llave de la caja al intendente de palacio, para que fuera depositada en el tesoro de la corona.

Ni un mexicano habia concurrido á aquellas ceremonias. Todas las notabilidades del partido imperialista, los ministros, consejeros y altos empleados de Maximiliano, estaban en Europa, adonde habian ido huyendo de la justicia de la República; pero ninguno de aquellos hombres habian ido á tributar un homenaje de gratitud al emperador que les habia prodigado honores, oro y consideraciones. ¡Ellos, los que lo habian arrastrado á un trono y de allí á un cadalso, no se dignaban ir á ofrecerle un recuerdo!

Sobre la caja de bronce que encerraba el féretro, habia esta inscripcion:

FERDINANDUS MAXIMILIANUS,
ARCHIDUX AUSTRIAE,
NATUS IN SCHOENBRUNN,
QUI,
IMPERATOR MEXICANORUM ANNO MDCCCLXIV ELECTUS,
DIRA ET CRUENTA NECE
QUERETARI XIX JUNNI MDCCCLXVII
HEROICA
CUM
VIRTUTE INTERUIT.

Todo habia concluido.

La República estaba triunfante.

La bella, la inteligente emperatriz, perdía para siempre la razón.

Maximiliano, fusilado, era devuelto á su patria sin corona.

¡Descanse en paz el rey caballero!

EPILOGO.

Tres años despues, en Setiembre de 1870, Napoleon III se rendia á Guillermo de Prusia, diciéndole "*que ponía su espada á los piés de S. M.*"

¡Qué diferencia entre ese miserable, y el noble, el valiente Maximiliano!

Napoleon, que se decia el salvador de la raza latina, y que habia jugado la honra de la Francia en Italia y en México, entregaba á su patria al enemigo, y se abrigaba prisionero en una tienda de campaña prusiana, para escapar así de la ira del pueblo francés.

La historia al juzgar esos dos personajes, siempre tendrá un epíteto digno que aplicar á Maximiliano, y una sonrisa de desden para Napoleon III, para ese viejo César que á la hora del peligro soltó aterrado la espada que intentó blandir, robándola de la tumba de Bonaparte.

México, Octubre 6 de 1870.

HILARION FRIAS Y SOTO.